

mite ponderar, desde una perspectiva mucho más profunda que la simple mirada local, la dimensión del dilema, en este caso, el de la escolaridad en las ruralidades de América Latina. Será indispensable repensar los problemas educativos, que todavía aquejan a los países de la región de manera apremiante, con estrategias que permitan una efectiva solución responsable, integradora y, a la vez, respetuosa ante las diversidades étnicas. Sólo después de que se hayan analizado las estrategias exitosas, así como los fracasos inevitables, será posible aventurar nuevas políticas que lleven a las comunidades marginadas en la región elementos de mayor justicia y bien común.

Esperanza Donjuan Espinoza, Raquel Padilla Ramos, Dora Elvia Enríquez Licón, Zulema Trejo Contreras, *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales indígenas de Sonora, 1767-1940*, Hermosillo, El Colegio de Sonora, Universidad de Sonora, 2010, 358 p.

### **Chantal Cramaussel\***

El Colegio de Michoacán

El libro colectivo *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales indígenas de Sonora, 1767-1940*, coordinado por Esperanza Donjuan Espinoza, Dora Elvia Enríquez Licón, Raquel Padilla Ramos y Zulema Trejo Contreras, es una más de las publicaciones recientes generadas en Hermosillo (esta vez en el Colegio de Sonora), las cuales marcan la presencia de un activo núcleo de investigadores que se pueden considerar de nueva generación por haberse titulado en los últimos diez años fuera de su tierra natal. Antes de que surgiera ese grupo, la historia de Sonora se elaboraba principalmente en Estados Unidos o en el Distrito Federal (como lo fue de hecho la *Historia General del Estado de Sonora*, publicada en 1985). Algunas tesis doctorales de los representantes de ese grupo, como la de José Marcos Medina Bustos que se cita en casi todos los artículos del libro objeto de esta reseña, está todavía en

\* chantal@colmich.edu.mx

curso de edición, y augura una pronta renovación de la investigación histórica en el Noroeste de México.

Sonora es el estado más indígena del norte de la república mexicana. Alberga sociedades como la yaqui, mayo, seri, pima o pápago, cuyas historias está aún en vías de construcción. En este libro se tratan episodios de la historia de esos grupos, en particular, de los yaquis, en menor medida, de los mayos y de los ópatas, todo ello después de la expulsión de los jesuitas en 1767.

Los artículos, en general, tienden a abarcar periodos largos en los que la época colonial suele ser la menos trabajada. Los cuatro primeros textos, sin embargo, remiten cuando menos en parte al virreinato novohispano. José Marcos Medina Bustos habla del pueblo de indios como imaginario social, creado sobre bases que no eran las prehispánicas por vivir los indios en asentamientos dispersos. Sin embargo, los nativos reivindicaron su pertenencia a esos pueblos coloniales para preservar sus comunidades ante los embates del liberalismo. María del Valle Borrero y Jesús Dénica Velarde tratan de los indígenas que se enrolaban en las tropas de indios auxiliares a partir de las reformas borbónicas. Esperanza Donjuan se centra en la fiscalidad, a partir de un ejemplo, el del tabaco, que no fue gravado en el caso de los yaquis por formar parte de sus rituales. Con el artículo sobre secularización de los pueblos de misión y su transformación en parroquias entre 1767 y 1890, Dora Elvia Enríquez Licón sigue paso a paso ese proceso en lo que es ahora el estado de Sonora. Raquel Padilla Ramos evoca la revuelta yaqui de Juan Banderas en 1825. Zulema Trejo estudia el uso de los términos de nación y territorio entre los yaquis y los ópatas de 1831 a 1876. Los vínculos entre etnia y territorio entre los mayos son analizados por Patricia Vega. La retórica que sustentó la política de exterminio de los yaquis en 1902 es objeto del artículo de Guadalupe Lara y Emanuel Meraz. El estudio de Patricia del Carmen Guerrero de la Llata tiene por objeto la bibliografía escrita en tiempos porfirianos por Ramón Corral acerca del rebelde yaqui Cajeme. Concluye el libro con el texto de Ana Luz Ramírez Zavala acerca de la última campaña militar contra los yaquis en 1929.

Los artículos están ordenados de manera cronológica y aportan luz sobre aspectos interesantes y a veces poco o mal estudiados, por ejem-

plo, la secularización de las misiones, en la que se diferencian el yaqui y el mayo de las demás regiones donde el mestizaje fue más acelerado como entre los ópatas o los pimas. Lo que une todos los artículos es “El imaginario social” anunciado en el título general del libro. Este concepto se basa en las teorías de Cornelius Castoriadis. Si bien ese autor es un referente en los textos de psicoanálisis, filosofía, sociología y antropología, rara vez se hace mención de su obra en los textos de historia.

Vale la pena ubicar a ese intelectual en su época. Cornelius Castoriadis nació en la Constantinopla, todavía griega, en 1922 y desde 1946 vivió en Francia donde murió en 1997. Trabajó en la OCDE y ocupó una cátedra en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París a partir de 1980. Fue un crítico del comunismo después de haber militado en sus filas y reflexionó también acerca del capitalismo y de la “pérdida de significados” que acarreó el desarrollo de ese sistema. Se le atribuye el lema de “La imaginación en el poder” de la primavera francesa del 68. Pretendió ofrecer una nueva visión de la sociedad y de su evolución, lo que hizo de él un teórico, en particular, de los cambios sociales. *La institución imaginaria de la sociedad*, publicada por primera vez en francés en 1975 es su obra más conocida. Del “magma imaginativo” individual y social saldrían las transformaciones que desembocan en la significancia institucional, y sería el abandono de esas significaciones imaginarias el principal causante de la crisis de fines del siglo xx. Castoriadis fue antiautoritario, crítico de la democracia occidental y partidario de los afanes de “autonomía” cambiantes que resultarían tanto del poder creativo individual como del de los grupos sociales. A mi entender, estos conceptos tan generales no propician la investigación, sino que, al igual que el marxismo de hace veinte años, crean una retórica, la cual se puede aplicar a cualquier objeto de estudio en la que la interpretación global ocupa un lugar privilegiado. La introducción de conceptos filosóficos atemporales no impulsa la investigación histórica, sino que la inhibe. La historia se convierte en una suerte de continuo discursivo que pretende ser dinámico y en el cual todo es cambio y resignificación, pero no se precisan ni momentos, ni coyunturas, ni secuencias cronológicas claras.

En el libro *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales de Sonora, 1767-1940*, todos los autores tratan de retomar los postulados

de Cornelius Castoriadis en la introducción y en la conclusión de sus respectivos trabajos. Así, los indios invocaban el imaginario impuesto por los jesuitas para defender las tierras que les habían sido asignadas durante la época virreinal, y para perpetuar la organización social que les había sido impuesta en los pueblos de misión. Es decir que con el tránsito a la república, el orden social al que los habían reducido los conquistadores fue reivindicado. Ésta fue una reacción a la política liberal que compartieron muchos grupos indígenas después de la Independencia y no veo en este punto ninguna necesidad de recurrir a Castoriadis.

Para hablar de la nueva organización defensiva en Sonora bajo los borbones se cita en la introducción la críptica reflexión de Castoriadis:

cada sociedad instaaura las condiciones y las orientaciones comunes de lo factible y de lo representable, gracias a lo cual se mantiene unida, por anticipado y por así decirlo por construcción, la multitud indefinida y esencialmente abierta de individuos, actos, objetos, funciones, instituciones en el sentido segundo y corriente del término que es en cada momento y concretamente una sociedad.

Todo esto para decir que hubo en particular ópatas que decidieron a veces colocarse del lado de las fuerzas reales para combatir a los apaches que amenazaban sus pueblos. Sin embargo, no se puede afirmar que las “fuerzas auxiliares” o compañías de indios amigos provengan de las reformas borbónicas, existieron desde el principio de la colonización, puesto que participar en la guerra contra los infieles era parte de las obligaciones de los indios sometidos a la Corona.

Cuando se habla de la fiscalidad como “una red de instituciones y significaciones no recreadas en el Yaqui” se parte de la idea equivocada que sostiene Ignacio del Río acerca de la ausencia de la tributación en el norte de México, cuando en realidad ésta sí se instituyó sólo que mediante trabajo forzado. Los indios fueron sometidos a este sistema que fue factor de desarticulación de su sociedad bajo el orden colonial.

Tampoco está clara la reconfiguración del “imaginario indígena” después de la secularización. En cuanto a la búsqueda de la autonomía se reduce en ese libro a procesos de resistencia que no tienen un objeti-

vo muy claro. Pero los autores no sienten la necesidad de definirlos, ya que consideran, siguiendo a Castoriadis, el cambio social como producto de tendencias no conscientes de los actores y grupos sociales. Lo que sí me parece claro es que el sistema de repartimiento, resignificado o no, siguió en marcha como lo he demostrado en un artículo reciente en el caso de Álamos. Sería necesario averiguar cómo y desde cuándo la organización política de los yaquis permitió que surgieran entre ellos mayores posibilidades de réplica a la invasión de sus tierras y a la exacción de mano de obra. Los yaquis conformaron el grupo indígena del norte de México más explotado durante la época colonial y las cosas no cambiaron después de la expulsión de los jesuitas. Miles de indígenas fueron llevados a trabajar lejos de su tierra de origen como lo muestra la formación de “barrios yaquis” en los principales reales de minas del septentrión novohispano como Rosario, Parral y Chihuahua. Sus rebeliones, finalmente, no fueron exitosas y como se recuerda en este libro, continuaron las deportaciones masivas en los siglos XIX y XX, esta vez a Yucatán y a los lugares donde estuvieron combatiendo los yaquis a la fuerza en el ejército mexicano. Las tendencias a la autonomía de los yaquis y su fiereza son parte de un imaginario historiográfico sonoreense que se sostiene en observaciones que carecen de fundamento histórico. La historia colonial de los yaquis es una tarea pendiente.

Es sano desde luego emprender investigaciones sobre periodos largos de tiempo, siempre y cuando no se caiga en anacronismos ni se eche mano de fuentes que no corresponden a la época de estudio. Un historiador no puede apoyarse en entrevistas ni en fuentes del siglo XXI para saber de una rebelión de principios del siglo XIX. Todos los conceptos, incluso el de “autonomía” deben ser colocados en el contexto de la época, de la cual hay que respetar también el vocabulario si se quiere hacer una historia de las ideas o de los proyectos políticos. Y “autonomía” es un concepto de cuño reciente. Tampoco hay tradiciones “inmemoriales” como nos lo quieren hacer creer a veces los académicos. Lo mismo se puede decir de la “nación” que no es un término del siglo XIX, sino que es muy frecuente encontrarlo en la época colonial, ya que los españoles lo usaron para dividir a los grupos indígenas como a ellos les convenía, como creo haberlo demostrado en el caso de la Nueva Vizcaya central, donde las encomiendas correspondían para los espa-

ñoles a otras tantas “naciones” indígenas. En el caso de Sonora, no hay ningún sustento histórico para distinguir a los mayos de los yaquis más allá de la división de las misiones jesuitas. Esto es algo sobre lo cual se necesita también mayor investigación en el Noroeste. Del mismo modo, resulta muy difícil hablar de “territorio” en sociedades que se dedicaban en parte a la caza recolección y estaban dispersas como lo señala Zulema Trejo en el caso de los ópatas. En cuanto a los mayos, no estaban aglutinados solamente alrededor del río del mismo nombre, sino que la toponimia cahita en la antigua jurisdicción del real de Álamos muestra que se ubicaban en asentamientos que llegaban cuando menos hasta el río Sinaloa.

El análisis de texto, en el que se basan los autores de los últimos capítulos del libro, forma parte de la clásica crítica de fuentes, del análisis del discurso, del estudio de las representaciones o de la simple contextualización histórica. Pretenden tener por objeto el “imaginario social” o la “resignificación social”, pero me parece que esos términos no aportan nada más acerca del conocimiento del pasado, sino que introducen una retórica que contribuye a la opacidad de la lectura para los legos.

Norma Ojeda de la Peña y María Eugenia Zavala-Cosío, coords., *Jovenes fronterizos/Border Youth. Expectativas de vida familiar, educación y trabajo hacia la adultez*, Mexicali, El Colegio de la Frontera Norte, Conacyt, 2011, 397 p.

### Gail Mummert\*

El Colegio de Michoacán

En el cierre del siglo xx y comienzo del xxi, el interés de gobiernos, la academia y el público en general se volcó sobre dos grupos extremos de edad: los adultos mayores y los niños y adolescentes. Generalmente considerados dependientes de los adultos trabajadores, las personas de la tercera edad y los jóvenes han alcanzado, sin duda, mayor visibilidad y peso político alrededor del mundo. Ello se explica en tér-

\* gmummert@colmich.edu.mx

minos de tendencias demográficas y sociales. Para empezar, son cohortes de una magnitud sin precedente: según el Censo de Población del 2010, en México por cada 100 personas en edad productiva había 62 en edad considerada dependiente. Además, el auge de políticas públicas diseñadas en el marco de los derechos humanos ha subrayado que es tarea de toda la sociedad velar por los más desprotegidos.

Con respecto a la juventud, el dilema de educarla y guiarla hacia una vida adulta productiva y plena ha sido una preocupación milenaria, una que ha ido adquiriendo mayor urgencia en un mundo globalizado donde altas tasas de desempleo, políticas neoliberales de reestructuración económica y política así como diversas manifestaciones de violencia ensombrecen las oportunidades educativas y laborales para las nuevas generaciones. México, con una población menor de 30 años que alcanzó los 62 millones en 2010 (55 % de la población total del país), no es la excepción. Se requiere saber: ¿cuáles son las expectativas de estos jóvenes en cuanto al trabajo, el estudio y la formación familiar? ¿Cuáles medidas deberían implementarse para prepararlos para la transición hacia la adultez?

Este libro colectivo, producto de una investigación llevada a cabo en la franja fronteriza entre Tijuana y San Diego en 2006 y financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del gobierno mexicano, aporta muchas respuestas a estas interrogantes para una porción de la población joven urbana entre los 15 y los 29 años. Se inserta en un corpus creciente de estudios enfocados en los jóvenes, sus presentes y sus posibles futuros, alimentado en gran medida por encuestas específicamente enfocadas en la juventud y costeadas por instancias gubernamentales. El gremio de los demógrafos ha abonado significativamente a esta literatura. Aunque este texto surge de dicha disciplina, Norma Ojeda, la principal investigadora del proyecto, quien es socióloga y demógrafa, se propuso una mirada interdisciplinaria hacia los y las jóvenes fronterizos. Con colaboraciones de catorce colegas más (mayoritariamente mujeres como suele suceder en el campo de los estudios sobre las familias mexicanas), Ojeda y su mancuerna en Francia la demógrafa María Eugenia Zavala-Cosío integraron una obra que se apoya exitosamente en fuentes, metodologías y disciplinas diversas. El equipo francomexicano aprovecha, sobre todo, los conocimientos so-

ciodemográficos, pero también los de la estadística, la sociología, la psicología, la antropología y la geografía.

Aunque se echa de menos en el texto información biográfica acerca de los colaboradores para aquilatar la empresa interdisciplinaria e intercontinental, la originalidad de esta obra radica precisamente en esta combinación feliz de miradas y en su gran amplitud temática. En trece capítulos, ordenados en cuatro grandes rubros, aborda, primero, los patrones demográficos regionales como telón de fondo para comprender las expectativas movilizadas por los jóvenes en su apuesta por la superación personal, así como sus perspectivas sobre los roles de género. En tercer lugar, indaga sobre los rituales sociales que marcan el paso de la adolescencia a la adultez y la generación de múltiples identidades. Finalmente se exploran temas del ejercicio de la sexualidad y prácticas de anticoncepción, un campo que empezamos a vincular con el abanico cada vez mayor de maneras de formar pareja y de establecer un hogar familiar.

Entre los tres aportes de la colección en su conjunto, destaca, en primer lugar, su mirada sobre la formación de las familias fronterizas como un proceso entrecruzado por movimientos migratorios y la búsqueda de oportunidades de empleo y educación en una economía globalizada. Subrayando la peculiaridad de esta próspera y contradictoria región en vilo, donde los significados de familia, juventud y relación de pareja están constantemente reformulándose a un ritmo vertiginoso, se exploran varios tránsitos para llegar a ser adulto. La frontera se hace presente como “punto de encuentro de las sociedades mexicana y norteamericana” (p. 13), pero también es evidente su porosidad. La pesquisa conduce a los investigadores de Tijuana a San Ysidro, National City y Chula Vista del otro lado, pero también a Querétaro como botón de muestra de “lo no fronterizo”. Es suma, se aprecia el esfuerzo del equipo de investigación por lograr un tratamiento transfronterizo y no lineal de la transición hacia la adultez: la visión ofrecida se asemeja más a un camino de vericuetos, moldeado por los vaivenes de los mercados mundiales y cambiantes matrices de valores morales.

Un segundo aporte general es la atención prestada a las desigualdades de género, al yuxtaponer las dificultades que enfrentan unos y otras para salir adelante y llegar a ser una persona adulta. Si bien, la frontera

norte de México es un crisol de cambios de ideas, estilos de vida y comportamientos vinculados al hecho de que la inmensa mayoría de los jóvenes estudiados sean hijos de migrantes o migrantes ellos mismos, estas “inequitativas condiciones de género” (p. 13) no son privativas de esta región de “traslape cultural y lingüístico” (p. 193). Así, adquieren una relevancia mayor fenómenos tales como el desmantelamiento de la posibilidad que no la ideología del hombre proveedor único, la centralidad de la maternidad, paternidad y la familia en los proyectos de vida de los jóvenes, la extensión del periodo de educación escolarizada para mujeres y hombres, y el posicionamiento de las mujeres a la vanguardia de los cambios culturales en los roles de género. Este *leitmotiv* es expresado por uno de los autores, Humberto González, así: “Tijuana constituye un escenario privilegiado para el estudio de los diversos procesos sociodemográficos relacionados con los jóvenes, fenómenos que si bien ocurren de igual forma en otras entidades, aquí se adelantan, magnifican o se hacen más nítidos que en el resto del país” (p. 40). Otra autora, Carole Brugeilles, es aún más tajante al caracterizar al contexto fronterizo como “un acelerador de las evoluciones sociales” (p. 121).

El último aporte notable es el intento por desglosar el tránsito a la adultez en varios subprocesos interrelacionados y más matizados que la secuencia conceptual generalmente utilizada de un paso del estudio al trabajo, de la dependencia a la independencia, de la virginidad al ejercicio de la sexualidad y la capacidad reproductora. El propósito se logra gracias a metodologías retrospectivas que siguen a los individuos durante ciertos tramos de sus trayectorias y postulan los efectos de ciertos eventos demográficos sobre otros. Estas interrelaciones son exploradas a lo largo del volumen, pero más explícitamente en algunos capítulos que en otros. Por ejemplo, mediante el recurso a encuestas especializadas, la demógrafa Marie-Laure Coubes revela los vasos comunicantes entre la vida escolar y la laboral (lo que ella llama la transición Escuela/ Trabajo) mientras que Yolanda Palma y Arturo Reding se preguntan por el efecto de la permanencia en el sistema escolar sobre la edad al tener la primera relación sexual y el primer embarazo entre las adolescentes de Tijuana. La inclusión, al final de prácticamente cada capítulo, de gráficas y cuadros presentando los datos arrojados por los análisis estadísticos le permite al lector acercarse al proceso de construcción de

las distribuciones de cifras y coeficientes de los modelos de regresión que sostienen las interpretaciones ofrecidas por los autores. Las tipologías y figuras conceptuales también contribuyen a la transparencia del proceso investigativo y a la innovación metodológica.

En cada uno de sus grandes apartados, el libro presenta hallazgos de la mayor relevancia, y a veces un tanto sorprendentes. Por ejemplo, en términos de la demografía fronteriza, a pesar del descenso secular en la fecundidad como en el resto del país, en la franja norte se mantuvo un patrón de formación temprana de familias. Sin embargo, las contribuciones sugieren un matiz importante pues abonan a la imagen de una ruptura generacional: la joven a la búsqueda de una relación de pareja menos dependiente del varón que la que ellas observaron en la relación de sus progenitores. De hecho, el libro parece adoptar casi exclusivamente la voz de las jovencitas, aunque la introducción siembra cierta confusión respecto a la población objetivo del estudio, al brincar de las adolescentes a los jóvenes (entendido como hombres y mujeres).

En cuanto a las aspiraciones de superación y los roles de género, se muestra que las chicas fronterizas de hoy día son la punta de lanza de modificaciones culturales importantes pues aspiran a “una realización y valoración personales fuera del matrimonio” (p. 122) sin abandonar el deseo de formar pareja y ser madres algún día. Según la demógrafa Carole Brugeilles, el cambio actitudinal intergeneracional entre las tijuanaenses es evidente: la mayoría de las jóvenes rechazan “el modelo tradicional que implica la prioridad del matrimonio sobre los estudios” (p. 118). En un estudio comparativo entre Tijuana y Querétaro basado en grupos focales con jovencitas de nivel bachillerato llevado a cabo por la socióloga Silvia López, se confirma este giro. Entre ellas afloraba un discurso emancipatorio: valoraban la formación para el trabajo como una manera de enfrentar la eventualidad de que el marido les saliera irresponsable, percibiendo el estudio como vía hacia el ejercicio de una profesión, una meta que valoran para alcanzar la independencia y el reconocimiento social y para mejorar su relación de pareja (p. 139).

El bilingüismo entre los jóvenes fronterizos, la construcción de identidades híbridas y múltiples, los simbolismos de la quinceañera (entendido como rito de paso femenino a la etapa de noviazgo) y los significados de vivir en unión libre con una pareja sexual son temas

tratados en un rubro heterogéneo que intenta establecer un esclarecedor contrapunto transfronterizo. Las contribuciones, a cargo de investigadoras formadas en la psicología, los estudios chicanos, la antropología y la sociodemografía, se adentran en el terreno pantanoso de la construcción relacional de un sentido del yo en la adolescencia y de las interacciones sociales con los pares y los progenitores como elementos para entender la transición hacia la adultez. Más que cualquier otra sección del libro, ésta se apoya en entrevistas, debates y grupos focales con las sujetas de estudio para captar sus percepciones acerca de cambios identitarios y en las relaciones de género e intergeneracionales. Vuelve a relucir uno de los hilos conductores del volumen: la transmisión de generación a generación de valores expresados verbalmente, los cuales orientan comportamientos demográficos y sociales observables y eventualmente medibles.

La última transición abordada en el cuarto rubro, la entrada a una vida sexual y sus posibles consecuencias de embarazo o enfermedades, es tratada nuevamente mediante entrevistas y grupos focales y no grandes encuestas. Los autores, particularmente Rosas, lanzan algunas recomendaciones para programas de educación sexual y comunicación entre padres e hijos que sean culturalmente sensibles a las poblaciones latina y mexicana. El recurso al análisis de discurso es muy necesario, atinado y novedoso para estos acercamientos cualitativos a un campo escabroso donde convergen los deseos, anhelos futuros, relaciones de poder, la salud mental y física, y los derechos humanos.

Al señalar ciertas limitaciones de este volumen, el afán es abonar hacia avenidas insuficientemente analizadas en esta colección sin menospreciar los considerables aportes empíricos y metodológicos que logra. Primero, la exploración de identidades étnico-raciales (mexicana, mexico-americana, latina) por medio de la autoadscripción resulta superficial y poco informada por una literatura abundante desde los estudios culturales, sociológicos, literarios y antropológicos. Segundo, la decisión metodológica de buscar una homogeneidad en cuanto a la clase social impide un análisis comparativo de este eje primordial de diferenciación (se adscriben según la pertenencia: “pertenecientes a los sectores de clase social urbano-populares en ambos lados de la frontera”, p. 19) e invita a incorporarlo en futuros estudios. Tercero, permea

el volumen una visión esencialista y color de rosa de “la familia mexicana, solidaria y tolerante, ofrece siempre un amparo asegurado” (p. 15). Es presentada como una agrupación monolítica, libre de conflictos, que siempre ayuda a los suyos. Hubiera sido importante tomar una distancia autocrítica ante hallazgos tales como el siguiente: “los y las jóvenes valoran altamente la unión (ellos) y la maternidad (ellas), aun arriesgándose a uniones y embarazos tempranos, sabiendo además que siempre contarán con el apoyo familiar en caso de encontrarse en situaciones difíciles” (p. 17). Tal posición va inclusive a contracorriente de la diversidad de formas familiares que el libro documenta. Cuarto, la comparación con Querétaro (sitio de las pruebas piloto del proyecto) como zona no fronteriza anunciada desde la “Introducción” queda limitada a tres capítulos, desafortunadamente sin comunicación entre sí (López, Martínez, Rosas).

Finalmente, la ausencia de unas conclusiones al volumen, le resta no sólo coherencia, sino también impacto social, pues, se desaprovecha la oportunidad de lanzar recomendaciones para la formulación de políticas públicas en materia de educación, empleo, sexualidad y paternidad responsable. Algunos autores tibiamente incluyen propuestas al final de sus contribuciones, pero no hay un esfuerzo colectivo en este sentido. Igualmente se pudo haber abogado por el financiamiento de nuevas encuestas y fuentes de información que permitirían seguir avanzando en nuestra comprensión de los entreverados tránsitos hacia la categoría social de “adulto”. Este volumen inicia dignamente el desbroce.